

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

Cuentos de terror

Joseph Sheridan Le Fanu

Washington Irving

Edgar Allan Poe

Bram Stoker

Guy de Maupassant





Cuentos de terror / Joseph Thomas Sheridan Le Fanu ... [et al.]; compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires : Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2018.

104 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)

ISBN 978-987-4198-06-8

1. Cuentos. 2. Antología de Cuentos. 3. Cuentos de Terror.

I. Sheridan Le Fanu, Joseph Thomas II. Calero, Mercedes , comp.

CDD 863

© Factotum Ediciones, 2018

Roseti 782 (1427)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 2000, 2018

C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.

Madrid, España

www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero

Coordinación editorial: Renata Cerelli

Prólogo: Hugo Salas

Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR

Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR

Diseño de interiores: Renata Cerelli

Armado: Brenda Wainer

Producción: Mariel Mambretti

Corrección: Jéssica Presman y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-06-8

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

Efectista, truculento, morboso, brutal, adolescente... son algunos de los reparos que se le han planteado al terror. Sin duda, la capacidad de afectar a los lectores -y el uso de toda herramienta que contribuya a ello- es parte sustancial del género, pero no lo agota. Definirlo como un objeto estético que “produce miedo” equivale a reducir el melodrama a la función lacrimógena. En principio, estos efectos varían a lo largo de la historia: lo que asustaba o conmovía en el siglo XIX no necesariamente produce lo mismo en nuestros días. Luego, porque más allá de ese impacto visceral se despliega un tipo preciso de universo, de trama, de lenguaje.

Por ello, y no por otra cosa, permanece como literatura. Hay en su atmósfera algo difícil de clasificar

pero discernible de inmediato, una forma específica de la imaginación. No es casual que, con todas sus variantes, continúe siendo una de las principales puertas de acceso a la experiencia de la lectura. Las páginas que siguen recopilan el trabajo de cinco escritores a los que cabe el título de creadores del terror moderno. Después de ellos, el miedo no servirá únicamente de admonición moralizante, la providencia no brillará entre sus páginas asegurando la resolución positiva ni habrá explicación lógica para lo sobrenatural. El cuento de terror será aventura de la sinrazón, el reverso del policial.

Desde la prensa y la publicación por entregas, el irlandés Joseph Thomas Sheridan Le Fanu se convirtió en un pionero indiscutible. Su novela de vampiros *Carmilla* gozó de enorme éxito en la época. En el breve relato que aquí se incluye, es posible advertir algunos elementos centrales para el terror moderno. Por un lado, caída la religión como garante de realidad de las cosas, la necesidad de hacer creíble aquello que se cuenta; por ejemplo, convirtiendo el cuento en la supuesta transcripción de un documento judicial. Por otro, la insuficiencia de la fe para conjurar lo sobrenatural. Y por último, la capacidad de crear imágenes contundentes (una mano amputada que vaga por la casa), sin necesidad de explicitar ningún carácter alegórico.

Del otro lado del océano, Washington Irving hacía lo propio. Su producción muestra una mayor influencia del romanticismo –en particular el gusto por la tradición oral, como atestigua su célebre “Leyenda del jinete sin cabeza”–, si bien el cuento que aquí incluimos ajusta cuentas con esa rica tradición europea. La insistencia en el espíritu débil y la imaginación enfermiza del protagonista marca el rastro de otra línea habitual del género en su búsqueda de verosimilitud: la patológica. El terror es producto de mentes desquiciadas. El terror no explora lo anormal sino a los anormales.

Su compatriota Edgar Allan Poe fue el responsable de llevar esta veta a sus lugares más complejos y ambiguos. “El gato negro” no es sólo la narración de unos hechos de los que participa una mente trastornada, sino la narración de esos hechos *a través* de esa mente trastornada. No se trata ya de estudiar a los anormales como exterioridad sino de mirar el mundo como ellos, convertirse en una conciencia desquiciada, en una sorprendente lección del gran padre del cuento moderno, el terror y el relato policial.

Reconocido como el creador de una de las novelas más singulares y atractivas del género, *Drácula*, el irlandés Bram Stoker parece haber tomado nota de las indagaciones americanas. Ya el nombre del héroe de

su cuento, Malcom Malcomson, supone un guiño al William Wilson de Poe. En la construcción, de hecho, los viejos y tradicionales fantasmas y espíritus tan caros al gótico de Sheridan Le Fanu se entrecruzan con la indagación de la psicología, la crítica social e incluso el desdoblamiento en dos registros: los demás personajes no ven lo mismo que el protagonista.

Cierra el volumen y el siglo Guy de Maupassant, con un inquietante relato de venganza en el cual se advierten los modos en que el terror, hijo del romanticismo, supo trasponerse a estéticas nuevas y menos afines a él, como el naturalismo, para asegurar su perduración en el tiempo. Aquí, el encono y el odio, emociones más “normales”, sirven de remplazo a la desviación patológica, marcando el camino hacia una vertiente más truculenta, escabrosa, violenta, la que habrá de imponerse en el siglo que sigue.

Hugo Salas

El asedio a la casa roja

Joseph Sheridan Le Fanu

A mediados del siglo XVIII d. C. tuvo lugar un extraño litigio entre el Sr. Harper, consejero municipal de la ciudad de Dublín y lord Castlemallard, tutor de lord Chatterworth durante su minoría de edad, a propósito de una casa conocida en la localidad como “La casa roja”, por tener el tejado de dicho color.

El Sr. Harper alquiló la casa para su hija, en enero de 1753. Como llevaba mucho tiempo deshabitada, mandó hacer las reparaciones necesarias y la amuebló, gastando sumas considerables en ponerla a punto.

La hija del Sr. Harper, que estaba casada con un tal Sr. Rosser, se instaló en su nuevo hogar en el mes de junio, pero aún no habían transcurrido tres meses cuando la joven pareja, que en este tiempo se había visto obligada a cambiar de servicio varias veces, declaró que aquella casa era inhabitable.

El Sr. Harper se entrevistó con lord Castlemallard para comunicarle que consideraba cancelados los compromisos adquiridos, puesto que en “La casa roja” sucedían acontecimientos extraños y desagradables. En otras palabras: la casa estaba embrujada y no se podían encontrar criados que estuviesen allí más de unas semanas. El Sr. Harper añadió que, después de lo que sus hijos habían sufrido, consideraba no solo que debía rescindirse el contrato de arrendamiento, sino que la casa entera debía demolerse, puesto que era la guarida de algo más terrorífico de lo que pueda ser el más peligroso de los malhechores.

Lord Castlemallard conminó al Sr. Harper, por vía legal, a cumplir el contrato; pero el consejero municipal contestó con un informe detallado de los acontecimientos, acompañado del testimonio de siete testigos y ganó la causa sin que las cosas fueran más lejos. Su Señoría prefirió capitular antes de llevar el asunto a los tribunales.

He aquí los hechos que el Sr. Harper expuso en su informe:

“Una tarde, hacia finales de agosto, al atardecer, la Sra. Rosser se hallaba sola en un saloncito que daba al huerto, situado en la parte posterior de la casa. Llevaba un rato cosiendo, sentada cerca de la ventana abierta cuando, levantando la vista de su labor, vio

claramente una mano que se posaba con precaución en el alféizar de la ventana, como si alguien, desde el huerto, tuviera intención de escalarla. Era una mano pequeña, pero bien formada, blanca y gordezuela; una mano no muy joven, sino de alguien que rondaba la cuarentena.

Unas semanas antes, en un castillo de los alrededores, hubo un robo envuelto en circunstancias particularmente horribles: los asesinos mataron a la dueña de la casa y quemaron gran parte del edificio y la policía aún no los había capturado. La Sra. Rosser pensó en el acto que la mano pertenecía a uno de los criminales que intentaba introducirse en “La casa roja”. Lanzó un grito estridente, aterrorizada y la mano se retiró, aunque lentamente.

En seguida se llevó a cabo una minuciosa investigación en el huerto, sin hallar rastro del desconocido. Incluso se llegó a dudar, por un instante, de la realidad de lo que viera la Sra. Rosser, ya que debajo de la ventana había una fila de macetas que se hallaban en perfecto orden y nadie hubiera podido acercarse a la pared sin volcar alguna.

Aquella misma noche se oyeron en la ventana de la cocina unos golpecitos tenues, pero persistentes. Los criados se asustaron. Uno de ellos tomó un atizador y fue a abrir la puerta trasera. Por más que escuchó

en la oscuridad no vio a nadie y, sin embargo, en el momento en que cerraba de nuevo, tuvo la impresión de que alguien golpeaba el batiente con el puño, como si intentase entrar a la fuerza en el interior. Se sintió aterrorizado y, aunque siguieron sonando los golpes en los cristales de la ventana de la cocina, no se atrevió a hacer nuevas averiguaciones.

El sábado siguiente, hacia las seis de la tarde, la cocinera, mujer entrada en años, serena y sensata, estaba sola en la cocina. De pronto vio la misma mano, corta pero aristocrática, con la palma posada contra la ventana y moviéndose lentamente de arriba abajo, como buscando cuidadosamente alguna irregularidad en la superficie del cristal. Al verla, la cocinera gritó y se puso a rezar, pero la mano tardó unos segundos en retirarse.

Durante las tardes siguientes se oyó de nuevo llamar a la puerta, suavemente al principio y después más fuerte, con el puño cerrado. El mayordomo se negaba a abrir y preguntaba en voz alta quién era, pero no obtenía más contestación que el ruido de una mano deslizándose de derecha a izquierda, con un movimiento suave y vacilante.

El Sr. y la Sra. Rosser, que pasaban la velada en el saloncito de atrás, oían también golpes en la ventana: unas veces discretos y furtivos, como si dieran una

contraseña; otras fuertes y enérgicos, tanto que llegaban a temer que se rompieran los cristales.

Hasta entonces los ruidos solo se producían en la parte trasera de la casa, que, como se sabe, daba al huerto. Pero un martes por la noche, hacia las nueve y media, los golpes se oyeron en la puerta principal. Duraron dos horas para desesperación del Sr. Rosser, cuya esposa estaba aterrorizada.

Luego pasaron muchos días con total normalidad y ya todo el mundo empezaba a respirar tranquilo cuando, la noche del 13 de septiembre, se produjo un nuevo incidente en la despensa. La sirvienta entró a guardar una jarrita de leche. La despensa recibía luz y ventilación por un tragaluz en el cual había un agujero destinado a la abrazadera que sujetaba el postigo. Mirando distraídamente el tragaluz, la criada vio cómo se introducía por el agujero un dedo blanco y fofo, que se volvía hacia aquí y hacia allá, como buscando el pestillo para abrirlo. De un solo salto llegó a la cocina, donde se desmayó y al día siguiente abandonó la casa para siempre.

El Sr. Rosser tenía la cabeza muy firme y se preciaba de ser un espíritu fuerte; se reía de “la mano fantasma” y hacía burla del terror de su esposa. Estaba íntimamente convencido de que no se trataba más que de una superchería, de una broma de mal gusto y

deseaba descubrir al culpable. No guardó su opinión para sí, sino que se la comunicó a todos diciendo que el autor de la conspiración debía ser algún criado despedido.

Sin embargo, era hora ya de que se hiciese algo, porque los criados e incluso la Sra. Rosser, tan dulce y pacífica, empezaban a sentirse inquietos y disgustados. Ninguna de las mujeres se atrevía a andar sola por la casa después de la puesta del sol.

Una tarde, cuando los golpes llevaban más de una semana sin sonar, el Sr. Rosser, que estaba trabajando en su despacho, oyó llamar suavemente a la puerta principal. La noche estaba muy tranquila, lo que permitía oír con toda claridad. El Sr. Rosser abrió la puerta de su despacho y se deslizó por el vestíbulo sin hacer ruido. La forma de llamar había cambiado un poco, ahora eran unos golpes suaves y regulares, dados con la palma de la mano contra la puerta. El Sr. Rosser fue a abrir bruscamente, pero se contuvo y, tomando las mismas precauciones de antes, se dirigió a una alacena donde guardaba los bastones, las espadas y las armas de fuego.

Se metió una pistola en cada bolsillo y tomó un pesado garrote; llamó a un criado en el que tenía plena confianza y le dio un par de pistolas. Los dos hombres, armados hasta los dientes, se dirigieron a

la puerta principal, sin hacer el menor ruido. Todo ocurrió como había previsto el Sr. Rosser: el desconocido, lejos de asustarse por su proximidad, pareció sentirse más y más impaciente y los golpes arreciaron y se volvieron enérgicos.

El Sr. Rosser abrió la puerta, furioso, impidiendo el paso con el brazo, armado con el garrote. No había nadie, pero sintió una fuerte sacudida en el brazo dada con la palma de una mano y en seguida notó que algo se deslizaba por su costado. El criado, que no veía ni oía nada, no pudo comprender por qué su amo miraba hacia atrás, atónito, y empezaba a dar garrotazos en el vacío, mientras cerraba la puerta con la mano izquierda.

A partir de entonces, el Sr. Rosser dejó de jurar y burlarse y empezó a sentir tanta aprensión como el resto de la familia. No estaba tranquilo, porque tenía la convicción de que al abrir la puerta había dejado entrar al enemigo invisible que los asediaba.

Aquella noche, el Sr. Rosser, que no le había dicho nada a su mujer, se retiró a su habitación más pronto que de costumbre. Antes de acostarse leyó algunas páginas de la Biblia y, cosa que no solía hacer, rezó. Permaneció despierto un buen rato y por fin, hacia las doce y cuarto, cuando empezaba a quedarse adormilado, oyó un ligero golpeteo en la puerta de

su cuarto y luego el ruido de una mano deslizándose por el panel exterior.

Saltó del lecho aterrorizado y se acercó a la puerta, gritando: “¿Quién anda ahí?”. Pero no hubo más respuesta que el ruido -que conocía tan bien- de una mano acariciando suavemente la puerta.

A la mañana siguiente, la criada, temblando de horror, descubrió la huella de una mano en el polvo de una mesa sobre la que habían desempaquetado diversos objetos el día anterior. El Sr. Rosser fue a examinar la huella y fingió darle menos importancia de la que en realidad le estaba dando; a pesar de lo cual, hizo que todos los habitantes de la casa colocaran la mano derecha sobre la mesa. Así obtuvo la huella de todas las manos, incluida la de su mujer y la suya propia. La mano desconocida era distinta a todas y correspondía exactamente a la descripción que de ella habían hecho tanto el Sr. Rosser, como la cocinera.

Estaba claro que el dueño de la mano, quienquiera que fuese, se hallaba dentro de la casa. El nerviosismo general, que ya era grande, creció considerablemente.

Durante las noches siguientes la Sra. Rosser tuvo horribles pesadillas que la hacían saltar de la cama bruscamente, lívida y temblorosa, pero que luego no podía explicar en qué consistían. Cuando se despertaba no recordaba más que una lucha atroz con algo que

no podía describir. Y era posible que lo que ella consideraba pesadillas no fuera más que una enfermedad, física más que moral.

Una noche, cuando entraba en el dormitorio conyugal, el Sr. Rosser se sintió atemorizado por el silencio absoluto que reinaba allí; tenía el oído muy fino y, sin embargo, no oía la respiración de su mujer, que se había acostado momentos antes.

Una vela encendida, colocada sobre una mesa, iluminaba débilmente el lecho con dosel, cuyas cortinas estaban corridas, como de costumbre. El Sr. Rosser, que había estado verificando unas cuentas, llevaba en la mano un pesado diario. Con el corazón oprimido se acercó al lecho y recorrió la cortina. Por un instante creyó que su mujer había muerto; yacía tendida, inmóvil, los ojos fijos, la frente perlada de sudor frío y, en la almohada, cerca de la cabeza había algo que, al principio, creyó que era un sapo, pero que en realidad era la mano blanca y fofa, cuya muñeca descansaba en la almohada y cuyos dedos se dirigían hacia la sien de la Sra. Rosser.

Preso del terror, el Sr. Rosser tiró el pesado volumen con todas sus fuerzas en dirección hacia donde debía hallarse el dueño de la mano. Esta se retiró al instante, pero sin prisa excesiva, mientras la cortina se ondulaba ligeramente.

El Sr. Rosser corrió hacia el otro lado de la cama y llegó a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta del gabinete adyacente. La abrió y entró en la habitación: estaba vacía. Cerró la puerta con llave y cerrojo, llamó a las criadas y, entre todos y tras muchos esfuerzos, consiguieron que la Sra. Rosser se recuperara de su desmayo. La pobre mujer era víctima de una crisis nerviosa.

Lo que hizo que los Rosser abandonasen “La casa roja” para siempre fue la extraña enfermedad que atacó de pronto a su hijito, un chiquillo de dos años y medio. El niño pasaba horas enteras desvelado, en el paroxismo del terror. Los médicos diagnosticaron un principio de hidroencefalitis y su madre, llena de inquietud, no abandonaba la cuna del niño y lo velaba, acompañada por la doncella.

La cama del niño estaba adosada a la pared, con la cabecera contra una alacena cuya puerta no cerraba bien. Una cortinilla blanca rodeaba la cuna y descendía hasta la almohada.

Las dos mujeres tardaron muy poco en darse cuenta de que el niño se iba tranquilizando paulatinamente cuando lo tomaban en brazos. Sin embargo, una vez que se había dormido y lo metían en la cuna de nuevo, a los cinco minutos empezaba a gemir como presa de un acceso de pánico. En una de aquellas ocasiones,

primero la doncella y después la Sra. Rosser se dieron cuenta de la causa de los horribles sufrimientos del niño.

Deslizándose por la entreabierta puerta de la alacena, medio escondida por el baldaquín de la cuna, apareció, extendida, la misma mano blanquecina y gordezuela, con la palma hacia abajo, sobre la cabeza del niño. Lanzando un grito de terror la madre tomó al niño en brazos y, seguida por la criada, penetró en la habitación donde dormía su marido. Apenas cerraron la puerta tras ellas, se oyó un suave repiqueteo en el otro lado.

Al día siguiente los Rosser abandonaron la casa para siempre.

Muchos años más tarde, un tal Sr. Rosser, anciano de grave aspecto, pero gran hablador, contó con multitud de detalles la historia de un primo suyo, llamado James Rosser. Este había dormido durante cierto tiempo de su niñez en una habitación de una casa de tejado rojo, de la que se decía que estaba embrujada y que, andando el tiempo, fue demolida. Durante toda su vida, cada vez que estaba enfermo, fatigado o simplemente febril, tenía una penosa visión: se le aparecía un personaje grueso y pálido. Tenía esta visión, siempre la misma, desde su más tierna infancia y era tan precisa que conocía mejor los rasgos de

aquella cara sensual, blanda y enfermiza, los rizos de su peluca empolvada y los bordados de su traje negro, que la cara y vestidos de su abuelo cuyo retrato, pendiente de la pared del comedor, presidía todas sus comidas.

El Sr. Rosser habló de ello como ejemplo de una pesadilla extrañamente monótona, precisa y persistente y añadió que su primo, del cual hablaba en pasado, refiriéndose a él como “el pobre Jimmy” consideraba especialmente horrible el hecho de que el personaje de la visión tuviera amputada la mano derecha.

Joseph Sheridan Le Fanu (Dublín, 1814 – 1873). Escritor, periodista y abogado irlandés. Cultivó la novela gótica y de misterio; sus textos representaron los primeros ejemplos del género de terror moderno. Su influencia fue notable en los escritores del romanticismo británico. Entre sus principales obras se encuentran *Carmilla*, *Té verde*, *El tío Silas*, *El fantasma de Madam Crawl* y *El asedio a la casa roja*.
